

YVETTE

I

Saliendo del café Riche, Juan de Servigny dijo á León Saval:

—Si quieres, iremos á pie. Hace un tiempo demasiado hermoso para tomar un coche.

Su amigo replicó:

—Sí, es mucho mejor.

Juan añadió:

—Apenas son las once, vamos despacio, pues de lo contrario, llegaríamos demasiado pronto.

Una multitud agitada y bulliciosa discurría por el bulevar, la multitud de las noches de verano que se mueve, bebe, murmura y fluye como un río, llena de bienestar y alegría. De trecho en trecho un café lanzaba viva claridad sobre los consumidores

sentados en la acera ante las mesitas llenas de botellas y copas, atajando el paso de la muchedumbre. En el arroyo, los simones de ojos rojos, azules ó verdes, pasaban bruscamente por los trechos iluminados, mostrando un instante la silueta del caballo, el perfil elevado del cochero, y la capa oscura del coche. Los de la Urbana formaban manchas claras y rápidas con sus capas pintadas de amarillo, al pasar por la luz.

Los dos amigos andaban lentamente, con un cigarro en la boca, de frac, el gabán al brazo, una flor en el ojal y el sombrero echado á un lado ó hacia atrás, como se lleva á veces por descuido, cuando se ha comido bien y la noche es templada.

Eran amigos de colegio y su afección era íntima y sólida.

Juan de Servigny, bajo, esbelto, un tanto calvo, muy elegante, con el bigote rizado, los ojos claros, los labios burlones, era uno de esos noctámbulos que parecen nacidos y criados en el bulevar, infatigable por más que pareciera siempre cansado, vigoroso aunque pálido, uno de esos parisienses á quienes la gimnasia, la esgrima y las duchas han dotado de una fuerza nerviosa y ficticia. Era tan conocido por sus calaveradas como por su viveza, su

fortuna, su amabilidad y por esa sociabilidad y galantería mundana que adornan á ciertos hombres.

Era un parisién en toda la extensión de la palabra, ligero, escéptico, variable, enérgico é irresoluto, capaz de todo y de nada; egoísta por convicción y generoso por impulso, gastaba sus rentas con moderación y se divertía con higiene. Indiferente y apasionado, se contenía y se lanzaba de continuo, solicitado por instintos contrarios y obedeciendo, en suma, á lo que le aconsejaba la costumbre de divertirse, consistente en sacar provecho de todas las circunstancias, sin tomarse la molestia de provocarlas.

Su compañero León Saval, rico también, era uno de esos soberbios colosos que hacen que las mujeres se vuelvan á su paso. Daba la idea de un monumento hecho hombre, de un tipo de raza, de uno de esos objetos-modelos que se envía á las exposiciones. Demasiado guapo y alto y robusto, pecaba por exceso de todo, hasta de cualidades. Había inspirado innumerables pasiones.

Cuando estuvieron frente al Vaudeville, Saval preguntó:

—¿Has avisado ya á esa señora mi presentación?

Servigny se echó á reír.

—¿Avisar á la marquesa Obardi? ¿Avisas acaso al cochero de un ómnibus, que subirás á su coche en la esquina del bulevar?

Saval, un tanto perplejo, preguntó:

—¿Quién es, pues, esa señora?

Su amigo le dijo:

—Una mujer encantadora, aunque no muy respetable, que sale no sé de dónde, aparece en el círculo de la gente aventurera y se distingue entre sus pares. Pero supongo que nada nos importa su genealogía. Se dice que su nombre de soltera, porque lo es aún, es Octavia Bardin, del que ha compuesto Obardi, conservando la primera letra del nombre y suprimiendo la última del apellido.

Es una linda mujer, de la que serás inevitablemente el amante, dado tu físico. No es posible que Hércules entre en casa Mesalina sin que ocurra algo. Añadiré que aun cuando la entrada es libre, como en los bazares, no se impone la obligación de comprar lo que se vende en la casa. Hay amor y naipes; pero no se obliga á jugar ni á querer. La entrada es libre también.

Esa señora se instaló en el barrio de la Estrella hace tres años y abrió sus salones á esa espuma de

todos los países que llega á París para hallar empleo para sus talentos formidables y criminales.

Fuí á su casa, maldito si recuerdo cómo ni por qué. Acudí como van todos, porque se juega, porque las mujeres no son gazmoñas ni los hombres virtuosos.

Me gusta esa sociedad de filibusteros extranjeros todos condecorados, todos nobles, todos con título, todos desconocidos en sus embajadas, exceptuando los espías. Todos hablan de su honor por cualquiera futeña, de sus antepasados sin que venga á cuenta, explican su vida sin necesidad; son charlatanes, embusteros y peligrosos como sus cartas, engañadores como sus nombres, valientes por necesidad, á modo de los asesinos que no pueden despojar á sus víctimas sin exponer su vida. Son la aristocracia del presidio.

Me gustan. Son dignos de estudio, es interesante conocerles, agrada oírles y á menudo son graciosos y jamás vulgares como los empleados franceses. Sus mujeres son siempre lindas, con un sabor á truhanería exótica que seduce, lo propio que el misterio de su vida pasada, del que quizás saben algo las galeras. Tienen, por regla general, ojos soberbios y cabelleras incomparables, el físico que

requiere su oficio, una gracia que embriaga, una seducción que impulsa á las calaveradas, un encanto insano é irresistible. Son conquistadoras, hembras de aves de rapiña. También me gustan.

La marquesa Ojardi es el tipo de esas pícaras elegantes. Madura y siempre bella, encantadora y felina, se advierte que ha de estar corrompida hasta el tuétano. En su casa se divierte uno mucho. Se canta, se baila, se juega, se cena... en una palabra, se hace todo lo que constituye los placeres de la vida mundana.

Saval preguntó:

—¿Has sido ó eres su amante?

Su amigo dijo:

—No lo soy, no lo he sido ni lo seré nunca. Yo voy principalmente á su casa por su hija.

—¡Ah! ¿Tiene una hija?

—¡Sí, tiene una hija! Una maravilla, querido. Hoy día es la principal atracción de esa caverna. Alta, magnífica, apetitosa, tiene dieciocho años y es tan rubia como su madre morena, siempre alegre, siempre dispuesta para toda fiesta, riendo de todo corazón y bailando hasta reventar. ¿Quién la pescará? ¿Quién la ha pescado? No se sabe. Por lo menos somos diez que aguardamos y esperamos.

Una hija como esa en manos de una mujer como la marquesa, es una fortuna. Y las dos son muy listas. No hay quien las entienda. Quizás esperan una ocasión... mejor que yo. Pero te aseguro que aprovecharé la ocasión... si se me presenta.

Yvette te confieso que me desconcierta. Es un misterio. Si no es el monstruo más completo de acucia y perversidad que he conocido, es el fenómeno de inocencia más maravilloso que darse pueda. Vive en aquel ambiente infame con el más tranquilo desembarazo, admirablemente canalla ó cándida.

Vástago magnífico de una aventurera, crecido en el estercolero maternal, como una planta soberbia alimentada con pienso, ó hija de algún hombre de pura raza, artista ó gran señor, de algún príncipe ó de algún rey que por casualidad se acostó con su madre, no se puede saber lo qué es ni lo qué piensa. Ya la verás.

Saval se echó á reir y dijo:

—Estás enamorado de ella.

—No. Espero como los otros, lo cual no es lo mismo. Ya te presentaré á mis copretendientes. Pero tengo probabilidades á mi favor. Se me distingue bastante.

Saval repitió:

—Estás enamorado.

—No. Me turba, me seduce y me asusta, me atrae y me inquieta. Desconfío de ella como de un riesgo y la deseo como se desea un sorbete cuando se tiene sed. Estoy bajo su encanto y, sin embargo, sólo me acerco á ella como me acercaría á un hombre de quien sospechara que es un diestro ratero. Cuando estoy junto á ella me siento arrastrado por su candor posible y experimento una gran desconfianza por su picardía no menos probable. Me siento en contacto con un sér anormal, fuera de las reglas naturales, exquisito ó detestable. Esto es lo que no sé.

Saval dijo por tercera vez:

—Te digo que estás enamorado. Hablas de ella con el énfasis de un poeta y el lirismo de un trovador. Confésalo.

Servigny dió algunos pasos en silencio y luego dijo:

—Es posible. De todos modos me preocupa mucho. Si, quizás estoy enamorado. Pienso en ella de continuo, al dormir y al despertar... es significativo. Su imagen me sigue y me persigue y me acompaña sin cesar. ¿Es amor esta obsesión física? Su

rostro se ha fijado de tal modo en mi mirada que me basta cerrar los ojos para verla. Me late el corazón cada vez que la veo, no lo niego. La amo pero de cierto modo. La deseo con violencia; pero la idea de casarme con ella me parecería una estupidez, una locura. Siento miedo de ella, el miedo del pájaro que ve un halcón. Y estoy celoso, celoso de cuanto no puedo adivinar de ella. De continuo me pregunto: «¿Es una muchacha encantadora ó una pícara redomada?» Dice cosas capaces de hacer ruborizar á un gendarme; pero también las dicen los loros.

A veces es imprudente é impúdica hasta tal punto que me hace creer en su inocencia, y á veces se muestra tan cándida que creo que jamás ha sido casta. Me provoca, me excita como una cortesana y se guarda como una virgen. Parece amarme y se mofa de mí; en público me trata como si fuese mi querida y en la intimidad me habla como si fuese su hermano ó su criado.

A veces creo que tiene tantos amantes como su madre y otras se me figura que ignora todo. Es una lectora furibunda de novelas. Por ahora soy su proveedor de libros. Me llama su «bibliotecario.» La Librería Nueva le envía cada semana, por or-

den mía, todos los libros nuevos, y creo que la lee todo.

Debe producirle un magnífico revoltijo en la cabeza.

Esta lectura continua quizá entra por mucho en las rarezas de esta muchacha. Cuando se contempla la existencia á través de quince mil novelas, se la debe ver de un modo muy estrafalario.

Por mi parte espero. Ninguna mujer me ha inspirado un capricho tan duradero. Pero estoy seguro de que no me casaré con ella.

Si ha tenido amantes aumentaré su número; si no tomaré el número uno.

El caso es bien sencillo. De fijo que no se casa. ¿Quién se casaría con la hija de la marquesa Obar-di, de Octavia Bardín? Nadie, por mil motivos.

¿Dónde hallarían un marido? La casa de su madre es una casa pública de la que la hija atrae clientela. No es posible casarse en tales condiciones.

¿Entre los burgueses? Menos. Por otra parte la marquesa no es mujer que haga malos negocios. No entregaría á Yvette sino á un hombre de gran posición, que no hallará á mano.

Un obrero tampoco se casará con ella. Así pues, esa señorita no puede casarse con nadie.

Pertenece por su madre, por su nacimiento, por su educación, por sus modales, por sus costumbres á la prostitución dorada.

No puede escapar á ella á menos de hacerse monja, lo que no es probable dados sus gustos y carácter. Sólo tiene una ocupación posible: el amor. Se entregará á él á no ser que ya lo ejerza. No puede huir de su destino. Y de buena gana quisiera ser quien la ayudase á cumplirlo.

Espero. Los aficionados son muchos. Verás un francés, el señor de Belvigne, un ruso, llamado el príncipe Kravalov, y un italiano, el caballero Val-reali, que presentan francamente sus candidaturas y obran en consecuencia. Además hay otros mero-deadores de menor cuantía.

La marquesa acecha. Me parece que cuenta conmigo. Sabe que soy muy rico y no está segura de la fortuna de los otros.

Su salón es de lo más raro que conozco en tal género. Hasta hay hombres de la buena sociedad. No estaremos solos. En cuanto á mujeres ha escogido las mejores entre las de su clase. ¿De dónde las ha sacado? Lo ignoro. Es como un mundo aparte; no es la buena sociedad, ni es la sociedad de los perdidos. Ha tenido una inspiración genial.

Ha escogido las aventureras que tienen hijos, hijas singularmente, de modo que un imbécil creería hallarse entre mujeres honradas.

Habían llegado á la avenida de los Campos Elíseos. Una brisa ligera pasaba suavemente entre las hojas, acariciaba el rostro como el soplo suave de un abanico gigantesco que se moviera en el cielo. Sombras mudas erraban entre los árboles; otras formaban en los bancos una mancha oscura. Y aquellas sombras hablaban bajo, como si se confiaran secretos importantes ó vergonzosos.

Servigny dijo:

—No puedes imaginar los títulos de fantasía que acuden á esa caverna. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que te voy á presentar con el título de conde Saval. Llamarte Saval á secas produciría mal efecto.

Su amigo exclamó:

—¡Ah, no! ¡Eso no! No quiero que ni aun entre esas gentes se me pueda echar en cara el ridículo de apropiarme un título.

Servigny se echó á reír.

—Eres estúpido. A mí me llaman el duque de

Servigny. No sé cómo ni por qué. El caso es que soy el duque de Servigny sin protestar de ello. Cree que sin título sería profundamente despreciado.

Pero Saval no se dejaba convencer.

—Tú eres noble y aun puede pasar; pero yo seré el plebeyo de la reunión. Tanto peor ó tanto mejor. Será mi señal de distinción y... mi superioridad.

Servigny se emperraba.

—Te aseguro que no es posible; parecería una monstruosidad. Producirías el efecto de un trapero en una reunión de emperadores. Déjame á mí: te presentaré como el virrey del Alto-Misisipi y nadie lo extrañará. Cuando se da por las grandezas, hay que atribuirse las mayores.

—No, no quiero.

—Sea. La verdad es que soy un tonto en tratar de convencerte. Te desafío á que entres en la casa sin que te den un título, como se da á las señoras un ramillete en ciertos bazares.

Tomaron por la calle Berri, subieron al primer piso de un hermoso hotel moderno y entregaron á unos criados de calzón corto sus gabanes y bastones. Un olor cálido de fiesta, perfumes de flores, de mujeres, flotaba en el aire y un gran murmullo confuso y continuo llegaba de las habitaciones vecinas, llenas de gente.

Una especie de maestro de ceremonias, alto, eriguido, barrigudo, se acercó al recién llegado y preguntó, después de saludar levemente:

—¿A quién debo anunciar?

Servigny contestó:

—Al señor Saval.

Entonces, en voz sonora, el criado anunció abriendo la puerta:

—El barón Saval.

Y añadió:

—El señor duque de Servigny.

El primer salón estaba lleno de mujeres. Lo primero que se advertía eran unos pechos desnudos coronando vestidos un tanto chillones.

La dueña de la casa, que hablaba con tres amigas, se volvió majestuosamente y se adelantó con paso gracioso y elegante ademán.

Su frente estrecha, muy baja, estaba encuadrada por una espesa cabellera negra, muy luciente, que casi la tapaba las sienes.

Era alta, demasiado gruesa quizá, un poco madura, pero muy bella, de una belleza pesada, cálida, poderosa. Bajo aquel casco de pelo que hacía sonar y sonreír, que la hacía misteriosamente deseable, lucían dos ojos enormes, negros también.

La nariz era fina, la boca grande, muy seductora; hecha para hablar y seducir.

Su encanto mejor residía en la voz. Brotaba de aquella boca como de un manantial, tan natural, tan ligera, tan bien timbrada, tan clara, que se gozaba físicamente oyéndola. Era una alegría para los oídos escuchar aquellas palabras que surgían agradables y acariciadoras, y era también una alegría ver como se abrían aquellos hermosos labios, demasiado rojos quizá.

Tendió una mano á Servigny, que la besó, y dejando que el abanico colgara de una cadenita de oro, alargó la otra á Saval diciéndole:

—Sed bienvenido, barón; todos los amigos del duque están aquí en su casa.

Después fijó su brillante mirada en el coloso que le presentaban. En el labio superior tenía un leve bozo que se notaba más al hablar. Olía bien, con olor fuerte de América ó de las Indias.

Entraban otras personas, marqueses, condes ó príncipes.

Dijo á Servigny con gracia maternal:

—Encontrará usted á mi hija en el otro salón. Diviértanse ustedes, caballeros; están en su casa.

Les abandonó para ir al encuentro de los nuevos

invitados, lanzando á Saval una de esas ojeadas que dan las mujeres para hacer comprender que se les ha agradado.

Servigny tomó el brazo de su amigo.

—Te voy á guiar—dijo.—Aquí es el templo de las mujeres, de la carne, fresca ó no. Son objetos de lance que valen tanto como nuevos ó más; se pagan caros y se toman en alquiler. A la izquierda el juego; es el templo del dinero. Ya conoces esto. Allí se baila; es el templo de la inocencia, el mercado de las muchachas, el santuario. Allí es donde se expone, en todos sentidos, el producto de esas señoras. Hasta se consentiría en uniones ilegítimas. Es el porvenir, la esperanza... de nuestras noches. Y te aseguro que es curioso observar esas muchachas cuya alma está dislocada como los miembros de esos clowns diminutos, hijos de saltimbanquis. Vamos á verlas.

Saludaba á derecha é izquierda, galante, con un cumplido en la boca, mirando con mirada de aficionado inteligente á las mujeres descotadas que conocía.

En el fondo del salón una orquesta tocaba un vals. Se detuvieron en la puerta para observar. Una docena de parejas bailaban; los hombres muy se-

rios, las mujeres con una sonrisa estereotipada en los labios. Enseñaban mucho la piel, como sus madres; y como el cuerpo de algunas no estaba sostenido más que por una estrecha cinta que rodeaba el nacimiento del brazo, creíase ver, de cuando en cuando, una mancha oscura bajo las axilas.

De pronto vino hacia los dos amigos una joven alta, atravesando la sala, chocando con los que bailaban, levantando con la mano izquierda la larga cola de su vestido. Andaba á pasos rápidos y cortos, como corren las mujeres entre las multitudes, y gritó:

—¡Aquí está Anguila! ¡Buenas noches, Anguila!

Tenía en las facciones poderosa savia de vida, una iluminación de dicha. Su carne, blanca, dorada, carne de rubia, parecía despedir luz. Y la masa de sus cabellos, cabellos de oro, cabellos flameantes, pesaba sobre su frente y sobre su cuello flexible, aun algo delgado.

Parecía hecha para moverse así como para hablar su madre, por lo sencillos, naturales y nobles que eran sus ademanes. Parecía que se experimentase una alegría moral y un bienestar físico viéndola andar, moverse, inclinar la cabeza, levantar el brazo.

Y repetía:

—¡Hola, Anguila, hola!

Servigny le sacudió con fuerza la mano, como á un compañero, y dijo:

—Señorita Yvette, mi amigo el barón Saval.

Saludó la joven al desconocido y le miró luego.

—Buenas noches, caballero. ¿Es usted tan alto todos los días?

Servigny contestó en aquel tono burlón que empleaba siempre que hablaba con ella para calmar sus desconfianzas y dudas.

—No, señorita; ha adoptado sus mayores dimensiones para agradar á su mamá, á quien gustan las masas.

La joven replicó con seriedad muy graciosa:

—¡Muy bien! Pero cuando venga usted para mí, disminuya algo si gusta; prefiero las medianías. Vea, Anguila es de mis proporciones favoritas.

Y tendió al nuevo invitado su manecita abierta.

Luego preguntó:

—¿No bailá usted, Anguila? Ea, una vuelta de valz.

Sin contestar, con movimiento rápido, Servigny le enlazó el talle y desaparecieron en un momento entre el torbellino del baile.

Bailaban más aprisa que todos, daban vueltas, corrían girando locamente, apretados como si fuesen un solo sér, con el busto erguido, las piernas casi inmóviles, como si un mecanismo invisible, oculto bajo sus pies les hubiese hecho girar de aquel modo.

Parecían infatigables. Las otras parejas se detenían una tras otra, y ellos continuaban bailando sin tregua. Diríase que no sabían donde estaban, ni lo que hacían; que habían caído en éxtasis. Y los músicos no cesaban de tocar, mirando aquella pareja endiablada; todo el mundo la contemplaba, y cuando por fin se detuvo, estallaron aplausos.

Ella estaba colorada y sus ojos, menos atrevidos que antes, parecían turbados y tímidos, con una pupila tan negra en el centro del iris tan azul que no parecían naturales.

Servigny parecía ebrio. Se apoyó en una puerta para recobrar su aplomo.

Ella le dijo:

—No tiene usted la cabeza firme, pobre Anguila, yo soy más fuerte.

El sonreía nerviosamente, y la devoraba con la mirada, con brutal codicia.

La joven permanecía en pie ante Servigny mostrándole el pecho, que latía alborotado.

Y añadió:

—Hay momentos en que se parece á un gato que va á saltar sobre una persona. Ea, deme el brazo y vamos á encontrar á su amigo.

Sin decir una palabra le ofreció el brazo y atravesaron el salón.

Saval no estaba solo. La marquesa Obardi le hablaba. Le hablaba de cosas vulgares con aquella voz que acariciaba, y parecía decirle con el pensamiento y con los ojos, cosas muy distintas. Cuando vió á Servigny tomó su rostro una expresión sonriente, y dijo, volviéndose hacia él:

—Sepa usted, querido duque, que acabo de alquilar una quinta en Bougival para pasar un par de meses. Espero que me venga á visitar. El lunes me instalo. ¿Quieren venir á comer los dos el sábado? Pero han de quedarse el domingo.

Servigny volvió bruscamente la cabeza para mirar á Yvette. Esta sonreía tranquila, serena, y dijo con una seguridad que no permitía vacilar:

—Sí, Anguila vendrá á comer el sábado. No hay que preguntarlo siquiera. Haremos una porción de diabluras en el campo.

Creó Servigny ver una promesa en su sonrisa, y adivinar una intención en su voz.

Entonces la marquesa miró con sus ojazos á Saval:

—¿Y usted también, barón?

Y su sonrisa no era dudosa. El se inclinó:

—Tendré un gran placer en ello, señora.

Yvette murmuró con malicia cándida ó pérfida:

—Vamos á escandalizar á todos en la quinta, ¿verdad, Anguila? Que rabie mi regimiento.

Y con una ojeada indicaba á varios hombres que les observaban desde lejos.

Servigny contestó:

—Como usted quiera, señorita.

Saval preguntó:

—¿Por qué la señorita llama siempre Anguila á mi amigo Servigny?

La joven tomó un aspecto cándido:

—Porque se desliza siempre de entre las manos. Cuando una cree haberlo atrapado, ya está lejos.

La marquesa pronunció con tono distraído, siguiendo visiblemente otro pensamiento, y sin apartar los ojos de Saval:

—¡Qué demonio de muchachos!

Yvette se enfadó:

—¡Es que soy franca! Anguila me gusta y siempre se me escapa; es fastidioso.

Servigny saludó profundamente.

—No me escaparé más, señorita; ni de día ni de noche.

Ella hizo un ademán de miedo.

—¡Ah, no! ¡Eso no! De día bueno; pero de noche me molestaría.

Servigny preguntó con impertinencia:

—¿Por qué?

Y ella contestó con tranquila audacia:

—Porque no debe estar usted elegante á medio vestir.

La marquesa exclamó:

—Dicen enormidades. No les creo inocentes hasta tal punto.

Servigny, en tono burlón, añadió:

—Lo mismo creo, marquesa.

Yvette fijó la mirada en él y dijo con acento altanero:

—Acaba de cometer una grosería; le ocurre demasiado á menudo hace una temporada.

Y volviéndose, llamó:

—Caballero, venga á defenderme, se me insulta.

Un hombre avellanado, alto, de movimientos lentos, se acercó:

—¿Quién es el culpable?—preguntó con sonrisa forzada.

Yvette designó á Servigny con la cabeza.

—Es éste; pero de todos modos me place más que los otros, porque es menos aburrido.

El caballero de Valreali se inclinó.

—Se hace lo que se puede. Quizá tenemos menos mérito; pero no menos devoción.

Se acercaba un señor barrigudo, de alta estatura, de patillas grises, que hablaba en voz recia:

—Servidor de usted, señorita Yvette.

Este exclamó:

—¡Ah! ¡El señor de Belvigne!

Luego, volviéndose hacia Saval, preguntó:

—Mi pretendiente oficial, alto, gordo, rico y tonto. Así me gustan. Un verdadero tambor mayor... Pero... ahora veo que usted es aún más alto que él. ¿Cómo le llamaré?... ¡Ah, sí! Le llamaré el señor de Rodas, hijo, á causa del coloso que debía ser su padre. Pero supongo que deben tener que decirse cosas muy importantes por encima de las cabezas de los demás. Me retiro; buenas noches.

Y se dirigió hacia la orquesta para rogar á los músicos que tocasen unos rigodones.

La señora Obardi parecía distraída y dijo á Servigny, por decir algo:

—Siempre la hace usted rabiar y esto hace que adquiera una porción de defectos.

El replicó:

—¿No ha terminado usted, pues, su educación?

Pareció no haber comprendido y continuó sonriendo.

Pero vió que se dirigía hacia ella un caballero muy solemne, con el pecho cubierto de condecoraciones:

—¡Ah, príncipe! ¡Qué dichal

Servigny tomó el brazo de Saval y preguntó:

—Este es el último pretendiente serio; el príncipe Kravalov. ¿Verdad que es soberbia?

Saval contestó:

—Yo las encuentro soberbias á las dos. Con la madre me contentaba.

Servigny saludó:

—A tu disposición, querido.

Los bailadores les empujaban, pues se ponían en posición para bailar los rigodones.

—Ahora vamos á ver un ratito á los griegos.

Entraron en el salón de juego.

En torno de cada mesa había un círculo de hombres en pie, que miraban. Se hablaba poco y á veces un ruido de oro echado sobre el tapete y reco-

gido bruscamente, mezclaba un ligero murmullo metálico al murmullo de los jugadores, como si el dinero hubiese dicho también alguna palabra.

Todos los hombres estaban condecorados y tenían un aspecto severo y rostros diferentes. Se distinguían sobre todo por las barbas. El americano llevaba un collar únicamente, el inglés tenía un aspecto altanero con su abanico de pelos, el español una barba negra que le llegaba hasta los ojos, el italiano el enorme bigote inventado por Víctor Manuel, el austriaco las patillas, el ruso con un bigote afilado y los franceses con los mostachos retorcidos, delataban su nacionalidad.

—¿No juegas?—preguntó Servigny.

—No, ¿y tú?

—Aquí nunca. Vámonos; volveremos otro día. Hay demasiada gente hoy; no se puede hablar siquiera.

—Vamos.

Y se marcharon después de tomar sus abrigos.

Apenas estuvieron en la calle, Servigny dijo:

—¿Qué te parece?

—Es, en efecto, interesante. Pero prefiero las mujeres á los hombres.

—¡Caramba! Esas mujeres son una gran cosa.

Huelen á amor como en casa de un peluquero se huele á perfumes. En verdad que estas son las únicas casas donde uno se divierte. Y ¡qué artistas, amigo! ¿Has comido alguna vez dulces hechos en casa el panadero? Parecen buenos y no valen nada. El hombre que los ha moldeado, sólo sabe hacer pan. Pues bien; el amor de una mujer honrada me recuerda siempre esos dulces sosos, mientras que el amor de las marquesas de Obardi es exquisito. ¡Qué bien confeccionan los dulces! Se paga veinticinco céntimos por lo que en otra parte vale diez, pero no hay que sentirlo.

Saval preguntó:

—¿Quién es el dueño, de momento?

Servigny se encogió de hombros.

—No lo sé. El último conocido era un par de Inglaterra, que marchó hace tres meses. Ahora debe escoger de entre los del montón, ó vivirá del juego, ó de los jugadores, porque es caprichosa. Pero vamos á cuentas. ¿El sábado iremos á Bougival, verdad? En el campo se goza de más libertad y creo que acabaré por saber el secreto de Yvette.

Saval contestó:

—Con mucho gusto; no tengo ningún compromiso para esos días.

Volviendo por los Campos Elíseos, sorprendieron á una pareja que estaba tendida en un banco, y Servigny murmuró:

—¡Qué estupidez y qué delicia á un tiempo! Cuán vulgar y entretenido, y siempre igual y siempre diferente es el amor! El miserable que da una peseta á esa infeliz no le pide otra cosa que lo que yo pagaría en diez mil pesetas á una Obardi cualquiera, ni más joven ni más lista quizá que esa desdichada. ¡Qué tontería!

Durante unos minutos calló y luego repuso:

—La verdad es que sería una gran cosa ser el primer amante de Yvette. ¡Oh! Para lograrlo daría... daría...

No lo dijo. Y Saval se despidió al llegar á la esquina de la calle Royale.